



*Sydney Bristow*

*Cómo volé  
sobre el nido  
del cuco*

PLAZA  JANÉS

SYDNEY BRISTOW

CÓMO VOLÉ  
SOBRE EL NIDO  
DEL CUCO

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Prólogo

Me prometí no volver a engañar a nadie, mucho menos a mí misma. Y acabo de hacerlo, así que dejadme aclarar un par de cosas.

En primer lugar, mi nombre es Ana. Sydney Bristow es tan solo un pseudónimo que llevo utilizando muchos años para escribir en ForoCoche, un foro de internet en el que, al igual que tantos otros, todos podemos ser quien queremos ser amparados en el anonimato.

En segundo lugar, jamás he visto el nido de un cuco. Tampoco sé volar. Lo más parecido a hacerlo que recuerdo es haber saltado de un puente, en plena autovía, con la clara intención de ponerle fin a mi vida.

Esas son las dos grandes mentiras de este libro. Nada mal, teniendo en cuenta que aún no has comenzado su lectura, ¿no? Habrá quien se sienta defraudado, devuelva este ejemplar a la estantería y se aleje con una mueca de desaprobarción. No le culpo.

Para el resto, para los que aun así queréis conocer mi historia, bienvenidos. Como ya he dicho, mi nombre es Ana. Tengo 32 años, abogada y residente en Madrid, y en apariencia, una chica normal y corriente.

Y os garantizo que lo que viene a continuación es el más verídico relato de los 37 días que le dieron la vuelta a mi

mundo hace unos meses, de algo extraordinario. De una experiencia que llevaré en el corazón de por vida.

Y me gustaría que vosotros la llevarais conmigo.

Dicho esto, gracias por continuar leyendo.

ANA

## Día 0

### El ingreso

Mi padre se despide:

—No me permiten entrar contigo. Nos vemos en nada. Hasta pronto, Syd.

No contesto, porque estoy cabreada. No debería estar aquí. Yo no debería estar aquí, me he tirado un puto mes en La Paz y he pasado por dos operaciones. La primera, la que reparó mi columna vertebral, me fue bastante indiferente. Pero la segunda, la que reconstruyó los huesos de mis pies y de la pierna derecha, esa sí la sufrí. Vaya que sí. Ahí supe lo que es el dolor, el verdadero dolor. Por suerte también supe lo que es la morfina, aunque cuando te la retiran a los cinco días, por no sé qué rollo de efectos secundarios, el maldito dolor persiste. Es injusto. ¿Quién se creen los médicos que son y por qué deciden por mí? Me gustaba mi morfina, y a ella le gustaba yo. Los supuestos fatales daños a mi organismo o la posible adicción me importaba poco en este otro hospital. Y, en cualquier caso, insisto, yo no debería estar aquí. Hace menos de una hora me han subido a una ambulancia haciéndome creer que volvía por fin al calor de mi cuarto, a la soledad mitigada por la reconfortante compañía de mis gatas, a un lugar en el que me despertarían los pájaros del jardín y no la enfermera del turno

de mañana con su carrito para comprobar la evolución de mis heridas. Me habían hecho creer que volvía a casa. A mi hogar. Me habían engañado. Porque este sitio tan blanco, grande y reluciente, desde luego no era La Paz, pero tampoco era mi casa. Y mi padre lo sabía, lo supo desde hace días y mantuvo la mentira hasta este mismo momento en el que trataba de despedirse. Así que no, lo siento pero no le voy a contestar. Aprieto fuerte la boca para que vea que no quiero hablar. Aprieto tan fuerte que se me saltan las lágrimas. Dejo de apretar y respondo:

—Adiós, papá.

Se abren las puertas de seguridad y entro en la Unidad. Una luz, otra luz, luz, luz, luz, luz, luz. Pero ¿qué cojones? Vale, ya entiendo, es porque estoy tumbada en una camilla. Me llevan dos celadores, acompañados por un guardia de seguridad. Que es el protocolo, me dicen. Empiezo a pensar de qué manera podría convertir todo en una masacre —teniendo las dos piernas rotas— y no se me ocurre ninguna. Vaya mierda de protocolo.

Más tarde me daré cuenta de que sí es útil.

Llegamos a mi habitación, 419. «No es un número feo», pienso. Está cerca del control de enfermeras y no muy al final del pasillo. Es amplia. Y para mí sola. Un gusto estar sola después de tantos días compartiendo cuarto con otras pacientes en la UCI y en Traumatología. Aunque las echo de menos. Arancha, superviviente de un accidente de tráfico. Perdió a su marido. Su hijo de ocho años, ileso. Recuerdo cómo la ingresaron, cómo fue mejorando, cómo me pregunté qué sería de ella y de su nueva vida al ser trasla-

dada a planta yo misma. Después, más y más compañeras. Natalia, Sofía, Alexandra, María, Manuela... Al final te encariñabas con ellas y viceversa, y llegado el momento se despedían para volver a su hogar, ya recuperadas. Pero aquí no. Aquí iba a estar sola.

—Sydney. ¿Sydney? ¡Sydney! —Me sacan de mis pensamientos.

—Somos Jesús y Adelaida, los enfermeros del turno de noche.

—Ah. Hola.

—Tenemos que quitarte las vendas de los pies.

—Pero me han operado hace solo cinco días.

—Sí, cariño, pero aquí no puedes llevar vendas.

—¿Por si me ahorco con ellas?

—Es el protocolo.

Todo es el protocolo. Todo es el puto protocolo. Estoy cagada de miedo. Hasta esta misma noche me han tratado fenomenal, tocándome los pies con cariño, cuidando que nada me rozara los vendajes ni por supuesto que quedaran zonas a la intemperie. Y ahora es así como los tengo. Expuestos totalmente. En carne viva, y con los sesenta puntos al aire. No sé si por humanidad o para evitar alterarme más, me los cubrieron con algo parecido a una mallita blanca. Y eso fue todo.

—Hoy es tarde, pero durante esta semana te irán informando de las normas de la planta.

—¿Son muchas?

—Las que dicta el protocolo.

Apagaron la luz, salieron y cerraron la puerta con llave. Me puse a llorar. Me fijé en una cámara que había en la esquina del cuarto, con una luz roja, apuntándome. Me pregunté qué dictaría el protocolo sobre las chicas que lloran. Me arrojé aún más fuerte y seguí sollozando hasta que por fin pude conciliar el sueño.

## Día 1

## Brummel

Entran en la 419.

—Sydney, arriba.

«¿Dónde cojones estoy? ¿Qué hora es?» Abro los ojos y empiezo a recordar. Miro al sillón que hay al lado de la cama para despertar a mi padre y me doy cuenta de que no, que aquí no admiten acompañantes. Claro, el protocolo.

Me incorporo. Me duele la espalda, mucho. Me vuelvo a tumbar y ahí me quedo, como en La Paz, esperando a que vengan a hacerme el aseo. Pienso en cómo lo harán con este pijama que me han puesto, allí era muy fácil con el camión. Me veo a mí misma haciendo un Homer y me río.

Entra en el cuarto un celador. Aún no lo sé, pero le juraré odio eterno. Pero eso será diez minutos después. Por ahora solo me fijo en que apesta a Brummel. Me mareo. Me dice su nombre, pero ni siquiera lo retengo. Para mí siempre será Brummel. El Puto Brummel.

Le digo tímidamente que quiero ir al baño, ya que llevaba un buen rato haciéndome pis. En La Paz era muy fácil porque estuve todo el tiempo sondada, pero aquí no sé cómo iba a ser la cosa. El día anterior pedí una sonda, pero me dijeron que no. ¿A ver si adivináis por qué? ¡Correcto! Por el protocolo. Me dice que sí, que sin problema. Se va.

Vuelve a los dos minutos. Trae un cacharro en la mano. Le pregunto que qué es. «Un andador», me dice. «¿Un andador? Pero, capullo, si no puedo apoyar los pies bajo ninguna circunstancia en ocho semanas.» Tenía los talones reventados y me los han reconstruido a base de tornillos y placas de metal hace seis días. «No puedo apoyar los pies, gilipollas.» «No puedo apoyar los pies», omito el «gilipollas». Brummel me dice que sí, que ha leído el informe y que pone que puedo apoyarlos. Insisto en que no puedo. Él insiste en que sí. Yo digo que no. Me pone el andador en las manos. El baño está a solo tres metros y ya no aguanto más. Intento dar un paso pero el pie me quema, el dolor es demasiado grande. Termino dando cuatro. Siento que algo va mal por dentro. Me niego a andar, se lo digo claramente.

Brummel me dice: «Pues si no hay andador, no hay baño». Y ya deja de ser Brummel para convertirse en Puto Brummel. Se va.

Me bajo de la cama de rodillas, y voy a cuatro patas arrastrándome hasta el baño. Intento subir al váter, pero no hay manera. Intentad hacerlo en casa sin apoyar los talones, no se puede. Vuelvo a la habitación, cojo el andador, me arrastro con él en la mano de nuevo al baño, lo utilizo para trepar al váter, pero nada, no funciona. Me duele todo, estoy agotada, me siento muy mal, esto no está pasando.

Quince minutos después me encuentra una enfermera desmayada en el suelo del baño de mi habitación. Me había hecho pis encima.

Dos días tardó el cuarto en dejar de oler a meado. Y una semana en dejar de oler a Brummel.

## Día 2

### Alicia

Hay lío en el pasillo, me despierto antes de que entre el celador en el cuarto. Apenas recuerdo nada de ayer, sé que me dieron medicación y me ducharon, pero en mi mente está todo muy difuso. Y el resto del día lo pasé en el cuarto, en la cama. Tuve visita de mi padre a las 7, le conté lo que había pasado con Puto Brummel, se asustó mucho y dijo que lo trataría con quien fuera conveniente. Espero que hoy no me atienda él. Por favor, que no me atienda.

—Hola, Sydney, uy, qué pelo más sucio.

No me lo creo. ¿Van a hacer que me lave el pelo? Pero si no tengo aquí mis cosas de aseo, ni el cepillo, ni nada. Y no lo tengo tan sucio. No me jodas.

—Soy Alicia. Venga, vamos a la ducha.

Espero que no me traiga un andador. Estoy temblando. Alicia acerca el sillón que hay al lado de mi cama (el del noacompañante) y entre las dos conseguimos sentarme ahí. Ni rastro del andador. Suspiro aliviada. La miro. Se parece a Helen Hunt. Sonríe mucho. Es servicial y amable. Parece buena profesional.

El sillón tiene ruedas. Me transporta empujándome hasta el baño. Utilizo la palabra «transportar» porque es la que corresponde, esa silla es un mamotreto de cuidado, me

siento ridícula ahí subida, es tres veces más grande que yo. Entramos en el baño —malamente, apenas giramos en la puerta— y finalmente me coloca en una silla de plástico. En cada pierna me ha puesto una bolsa de basura atada con esparadrapo. Todo este proceso ha durado unos quince minutos. Estamos sudando las dos.

Retira el sillón y hace amago de abrir el agua de la ducha. Le digo que, por favor, el pelo no. La abre de todos modos. Y ahí estoy, sentada en una silla «demigrante», desparrada, sin depilarme desde hace un mes, con bolsas de basura en las piernas, enjabonándome el pelo con gel, con una tipa sentada en el váter vigilando que no me corte las venas (¿con mis propias uñas?) y siento que soy la pura imagen de la miseria. No sé cómo he llegado hasta esta situación, hasta este extremo. Hace diez años lo tenía todo, y ahora estoy aquí. Viviendo esto. No es un capítulo de *Caltejeros*, no, soy yo. Es mi propia imagen. Me doy asco. Toda yo. Toda mi existencia. Ojalá el puente hubiera sido más alto. Ojalá hubiera tenido más suerte. ¿O sería menos suerte?

—¿Te vas a tirar ahí toda la mañana? Al final te conviertes en sirenita, verás.

Alicia apaga el agua y me acerca una toalla para que me seque. Después repetimos el traslado silla-sillón-cama, donde me quedará todo el día. Es domingo. Mañana veré por primera vez a mi psiquiatra y seguramente entre ya en la rutina de los demás pacientes: comidas, terapias, actividades. ¿Salidas?

—¿Con qué me peino?

—¿Qué?

—Que con qué cojones me peino. Me has obligado a lavarme el pelo, ahora tendrás que darme algo para peinarme, digo yo.

Alicia se va y vuelve al minuto con un peine de púas. Un puto peine de púas para mí, que tengo el pelo por la cintura. Esta tía es gilipollas.

Los siguientes cuarenta minutos los pasaré desenredándome el pelo. La siguiente hora, maldiciendo a Alicia.

Y aún no lo sé, pero los siguientes 35 días, Alicia, la doble demacrada de Helen Hunt, la nazi que me obligó a ducharme, la zorra del peine de púas... se convertirá en mi segunda madre, en el abrazo que me faltaba, en mi mejor apoyo en este frío lugar.